

## **Crepúsculo de los ídolos en antropología social: más allá de Malinowski y los posmodernistas\***

---

En *Crepúsculo de los ídolos en antropología social*, el autor parte de la reflexión metaantropológica —característica del posmodernismo— para realizar, a su vez, una crítica posmoderna de éste movimiento. El planteamiento general del libro consiste en vislumbrar a la antropología como una disciplina que forma parte de la realidad que pretende observar, y que resulta inviable asumir una postura que no contemple dicha inserción. Es decir, las orientaciones y enfoques teóricos de la disciplina, cambian de acuerdo a la realidad, y la reflexión metaantropológica nos puede ayudar a aprehender e incorporar dichos cambios durante el proceso de investigación. Witold Jacorzynski aborda en particular la posición del movimiento posmoderno en torno a los postulados de Malinowski, padre de la antropología clásica que estableció la observación directa y el trabajo de campo como método básico de la investigación antropológica.

En el título de este libro el autor recurre a una metáfora, la cual según

sus propias palabras, alude al espíritu nietscheano. Con el paso de los dioses a ídolos, los rebeldes de hoy se convierten en los sacerdotes de mañana, o bien, podríamos decir, la heterodoxia se convierte en ortodoxia.

Tres son los ejes centrales en el desarrollo de esta reflexión y el autor dedica un capítulo a cada uno de ellos: la idea del investigador como sujeto observador-participante, la construcción del Otro como objeto de conocimiento, y por último, los métodos para conocer al Otro, es decir, el cientificismo.

En estos breves comentarios me referiré especialmente al primer aspecto mencionado: la observación como aspecto medular de la investigación antropológica, su pretendida imparcialidad, y el enfoque relativista que demanda el respeto y la conformidad para los sistemas de valores observados. Esta orientación ha permeado la formación de distintas generaciones de antropólogos, aun de forma no explícita, por ello, el razonamiento del autor sobre este punto me parece una aportación valiosa y una discusión vigente.

En relación a este aspecto, Jacorzynski comienza analizando el ideal malinowskiano en la fundación de la

\* Witold Jacorzynski, *Crepúsculo de los ídolos en antropología social: más allá de Malinowski y los posmodernistas*, CIESAS/Potrúá, México, 2004, 220 pp.

antropología como una ciencia moderna, empírica. En este proyecto predominaba el paradigma de la imparcialidad, la objetividad y el rigor científico. La observación es la instancia legitimadora de la ciencia positivista, pero para lograr los mejores resultados, el observador debe aprender a observar sin ser observado. Ésta es una de las condiciones indispensables, el método de los métodos, dice el autor. El antropólogo debe guiarse por el relativismo cultural, es decir, tratar de pasar inadvertido, tratar de portarse como uno más de los nativos que estudia.

A través del diálogo con tres antropólogos posmodernistas —Mary Luise Pratt, James Clifford y Renato Rosaldo— discute sobre la aplicación del método de la observación participante y sus más serios obstáculos: para empezar, la ubicación del antropólogo conduce a cierta discrecionalidad en la selección y recopilación de los datos. La descripción etnográfica está filtrada por nuestros valores y esquemas interpretativos, pero va más allá de esto: según Pratt, la imparcialidad e impersonalidad del etnógrafo malinowskiano genera alienación y deshumanización. En los textos antropológicos, escritos en un estilo que puede ser denominado como realismo etnográfico, el autor aparece al principio, presentando la obra, y desaparece después, para dar lugar a la descripción científica, transparente y objetiva de la cultura ajena.

Jacorzynski también discute el tema de la autoridad del etnógrafo, autoridad emanada de la constatación del hecho de haber estado en el lugar, de haber permanecido en el campo. En este sentido, se refiere a los cuestionamientos de James Clifford acerca del papel predominante de la observación como instancia legitimadora: la observación es por sí misma una interpretación, y puede resultar válida en términos de la dialéctica entre experiencia e interpretación, pero no en términos de una pretendida fidelidad en la descripción de la realidad. Renato Rosaldo coincide con los dos autores mencionados en cuanto a la imposibilidad de alcanzar la imparcialidad en la observación, pero va más allá al postular que el etnógrafo es cómplice del imperialismo, y propone la redefinición del papel del etnógrafo de campo.

Jacorzynski considera que una de las consecuencias más graves de los postulados de imparcialidad y de la observación participante es el relativismo. Desde su punto de vista, existen cuatro versiones distintas del relativismo: *a) el relativismo metodológico*, que advierte que todos los fenómenos sociales deben entenderse en su contexto social e histórico; *b) el relativismo ético*, que admite que un acto puede ser al mismo tiempo bueno y malo; *c) el relativismo epistemológico*, que constata que dos visiones de la realidad pueden ser correctas

o verdaderas, y *d) el relativismo descriptivo* que implica que existen diferencias sustanciales entre las culturas; éste conduce al *relativismo normativo*, según el cual dichas diferencias deben respetarse.

Los antropólogos, dice Jacorsynski, aceptan generalmente el relativismo normativo y epistemológico porque parten del supuesto de que deben respetar los sistemas de valores de otras culturas. Pero aquí entramos en una contradicción: por una parte, se exige tolerancia para todos los modos de comportamiento culturales pero, al mismo tiempo, no se reconoce validez a ninguno de ellos. El aspecto central para nosotros en esta discusión se refiere al último aspecto señalado: “el respeto a las diferencias no puede inferirse de la constatación de la existencia de las diferencias”.

El relativismo epistemológico lleva también a otras contradicciones, por ejemplo, cuando se oponen el pensamiento indígena en torno a la configuración del cosmos y la ciencia moderna. Una posición relativista nos llevaría a plantear que ambos son correctas, pero en términos lógicos esta afirmación es absolutamente insostenible. Este tipo de planteamientos podrían conducir a aceptar cualquier otro enunciado contradictorio.

Ahora bien, el relativismo del observador participante, el que implica “ahí donde fueres haz lo que vieres”, tiene otras consecuencias: su

objetivo es conocer la cultura ajena, describirla con una actitud imparcial y objetiva que lo ayude a entender que sus sentimientos hacia lo que no comprende pueden ser prejuicios formados por su propia cultura. El método de la observación participante, produce, sin embargo, otra contradicción: con su sola presencia, el etnógrafo contribuye a la alteración de la realidad que pretende observar objetivamente.

Tomando un ejemplo de su propia experiencia como etnógrafo, Jacorsynski transcribe algunos párrafos de su diario de campo, escrito durante su estancia entre los mazatecos, enfrentado a una situación que se convierte en un dilema moral y que es incompatible con la posición malinowskiana del observador imparcial. Al presenciar una agresión se enfrenta a una disyuntiva: el método de los métodos establece mantener la neutralidad, pero también podría intervenir y defender a la persona agredida en nombre de sus propios valores, sin embargo, ello le lleva a otra contradicción, puesto que implicaría la violación del sistema de valores de sus anfitriones y sería incongruente con el propósito de la estancia en la comunidad, es decir: no cambiar la vida de los indígenas, sino conocerla.

A partir de este ejemplo, el autor analiza las implicaciones éticas del relativismo cultural, apoyado en su sólida formación filosófica. Dentro de

las teorías consecuencialistas puede tomar distintas opciones: el antropólogo no tiene derecho a intervenir en las culturas ajenas y puede tomar el principio de respetar la vida privada. En una dirección contraria, puede aludir a los derechos de la ética cristiana, al contrato social o a la moral kantiana que plantea “obra sólo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne ley universal”.

Su propuesta es buscar una tercera vía, ya que desde su punto de vista, el problema con las teorías éticas consiste en su poca aplicabilidad en las situaciones existenciales, liminales y conflictivas que enfrentamos. Sin embargo, nadie puede quitarnos la responsabilidad por nuestros actos, dice, cada uno de nosotros, finalmente, decide lo que debe hacer.

Desde su perspectiva, la postura de mantener las culturas intactas es una muestra de conservadurismo político, puesto que en muchos casos el mantenimiento de las costumbres promueve y apoya intereses corruptos e inmorales. La existencia de relaciones de poder involucra al analista en un juego moral que debe ser asumido conscientemente. No obstante, no existe ningún principio *a priori* que pueda orientar nuestra conducta; puesto que las situaciones dilemáticas son impredecibles, debemos tomar nuestras propias decisiones confiando en nuestra honestidad y cuidando el bienestar de nuestros informantes:

nuestra actitud debe tomar en cuenta la actitud del Otro, sus expectativas, intereses y deseos. El etnógrafo debe comunicarse y negociar con la sociedad en la que permanece, en una posición activa y socialmente comprometida. El Otro será quien decida si su comportamiento es honesto o no lo es. La actitud socialmente comprometida le abre paso a nuevas formas de conocimiento acerca de la vida del Otro y su mundo.

El autor subraya también otro aspecto importante: no existen comunidades aisladas ni homogéneas, por lo tanto, el antropólogo se vuelve uno de los actores, no pertenece a un público que observa indiferentemente un escenario. El mundo del Otro sólo se puede entender a partir de nuestro mundo, y nuestro mundo a partir del mundo del otro.

Los antropólogos posmodernistas proponen una alternativa a la imparcialidad malinowskiana: la incorporación de la subjetividad del autor en el texto antropológico, el cual se construye no solamente a partir de las observaciones de la vida nativa. Para Jacorsynski la descripción de los estados subjetivos puede cumplir con varios propósitos cognoscitivos y ser un elemento, mas no el único de la relación con el Otro. Únicamente la negociación entre subjetivismo y objetivismo puede esclarecer la posición del antropólogo en la descripción etnográfica.

Una gran parte de los antropólogos que hemos dedicado alguna etapa de nuestra vida a la investigación de campo, nos hemos enfrentado a realidades lamentables y situaciones confusas, y hemos realizado intentos de interpretación buscando narrar los hechos en tramas coherentes. En ocasiones hacemos caso omiso a nuestra perplejidad para intentar encontrar un sentido a nuestras impresiones. Sin embargo, vivimos el trabajo de campo como una experiencia en la que creamos vínculos amistosos y compartimos secretos y preocupaciones con las personas que entrevistamos.

La antropología, creemos, debe continuar afirmando la diversidad y las posibilidades distintas de existencia, pero mostrando las contradicciones sociales, las formas políticas de dominación y los espacios de ruptura. Esta postura es incompatible con las posiciones que no toman en cuenta las fragmentaciones internas resultantes, así como los cambios que resultan tanto de las agendas locales como de las influencias extralocales.

En las nuevas realidades culturales la movilidad y el desarraigo suponen una ampliación de los horizontes y, al mismo tiempo, un fraccionamiento y ambigüedad en los límites y fronteras. Estas incertezas de la modernidad han llevado a la crisis del “método de los métodos” y a la ruptura del ideal del Otro desde la fascinación y el exotismo. Los objetos de investigación se

convierten en sujetos activos que participan de la interpretación y del diálogo con el investigador y defienden su derecho a hacer historia y a participar en el mundo globalizado, así como su voluntad de mantener su experiencia de vida en la diversidad de experiencias.

Sin embargo, nos hemos acostumbrado a valorar a las culturas por aquello que nos es extraño: creencias, rituales, costumbres. La realidad encierra siempre una gran complejidad y en nuestras interpretaciones hay una subjetividad que proviene, en parte, del propio deseo de ser objetivos y transmitir de manera fiel y detallada los acontecimientos. Nos parece que es posible, en efecto, captar algo del fenómeno y relacionarlo con otros elementos, pero siempre habrá aspectos de la realidad que son intraducibles, aun cuando como antropólogos los sometamos a un lenguaje, a un orden y a una forma de presentación adecuada a los círculos académicos. En este intento construimos modelos válidos para las referencias cognitivas de nuestro propio contexto cultural como investigadores, pero al hacerlo traicionamos, sin proponérselo, el postulado de la imparcialidad.

Hoy en día se han puesto a discusión los nuevos términos, propósitos y efectos de la relación entre observador y observados. Nuevos enfoques intentan reconstruir un

razonamiento a partir de la experiencia etnográfica, pero presentando otras creaciones y datos relevantes por la multiplicidad de sus articulaciones en el seno de una sociedad compleja. Este cambio de paradigmas implica tomar en cuenta la contradicción, las paradojas y la incertidumbre, y dar mayores oportunidades a la realidad social.

Si bien no hemos logrado desprendernos del todo de esta inclinación, y en ocasiones aun ferviente adhesión al realismo empírico y al particularismo cultural al que nos conducen nuestros propios límites como observadores

directos, podemos asumir que el texto etnográfico consiste, como señala Jacorsyknski, en el establecimiento y descubrimiento de una relación entre investigador e investigados.

Este libro es una valiosa aportación a la reflexión sobre éste y otros temas fundamentales para la disciplina antropológica. Es un texto de refinada elaboración teórica, que muestra la erudición del autor y su capacidad argumentativa y narrativa.

*María Teresa Rodríguez López*  
CIESAS-Golfo